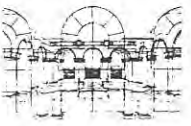
Paul Estrade

José Martí
Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica

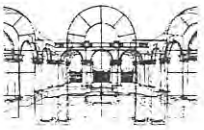
DOCE CALLES

Con la colaboración de:



Casa de Velázquez

Con la colaboración de:



Casa de Velázquez

© de los textos: Paul Estrade

© de la presente edición: Ediciones DOCE CALLES, S. L.

ISBN: 84-89796-08-4
Depósito Legal: M-14.245-2000

Composición: EDICIONES DOCE CALLES, S. L.
Apdo. 270. 28300 ARANJUEZ (Madrid)
Tfnos: 91 892 42 01/18 Fax: 91 892 51 49
E-Mail: docecalles@infonegocio.com

Impresión: Elece, Industria Gráfica

Encuadernación: Ramos, S.A.

SUMARIO

PREFACIO 13

ADVERTENCIA DEL AUTOR 23

AGRADECIMIENTOS 25

FUENTES UTILIZADAS Y SIGLAS EMPLEADAS 29

PRÓLOGO 33

PRIMERA PARTE
SUS IDEAS ECONÓMICAS

Introducción 63

Capítulo I. *En la corriente liberal del siglo* 69
Capítulo II. *El liberalismo en tela de juicio* 129

Conclusión de la primera parte 195

SEGUNDA PARTE
SUS IDEAS Y SUS PRÁCTICAS SOCIALES

Introducción 203

Capítulo III. *La defensa de los desheredados* 209
Capítulo IV. *En compañía de los obreros* 271

Conclusión de la segunda parte 345

TERCERA PARTE
SUS IDEAS Y SU ACCIÓN POLÍTICAS

Introducción 353

Capítulo V. *La independencia absoluta de Cuba* 359
Capítulo VI. *El Partido Revolucionario Cubano* 455
Capítulo VII. *La república democrática proyectada* 543
Capítulo VIII. *¡A consolidar la independencia de «Nuestra América»!* ... 591

Conclusión a la tercera parte 665

CONCLUSIÓN GENERAL 671

A GUISA DE EPÍLOGO 681

APÉNDICES 683

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS 701

ÍNDICES 747

ÍNDICE GENERAL 785

PREFACIO

La publicación en 1987 de la versión original, en francés, de este libro, debió ser un acontecimiento. En primer lugar, para los estudiosos de José Martí, que afortunadamente son cada vez más; en segundo lugar, para quienes, aspirando a entender de veras las realidades de «nuestra América» (como aquél llamó a lo que ahora se conoce sobre todo como la América Latina y el Caribe), necesitan familiarizarse cuanto puedan con el pensamiento más original gestado en relación con ella, sin duda el pensamiento martiano; y por último (last but not least), *para cuantos se preocupan sinceramente por los avatares de la democracia en el mundo todo. Así lo pensé desde que en 1984, por gentileza de Estrade, pude leer la Tesis de Doctorado suya que se volcaría íntegra en el libro.*

Dije que éste debió ser un acontecimiento, no que lo fuera. Aunque tuvo lectores agradecidos, conspiraron contra ello circunstancias del momento a las que voy a referirme luego. En cambio esta nueva vez, en que el libro aparece en el idioma de Martí, lo hace cuando cabe concebir la esperanza de que la vida intelectual está saliendo del marasmo de aquel momento tan mediocre como efímero. Si es así, me aventuro a anunciar que la obra tendrá ahora la recepción merecida.

Martí, que según se recuerda en el libro, no buscó hacer carrera literaria ni carrera política, alcanzó sin embargo cotas de excelencia en los dos órdenes. Y es singular el destino diverso que durante mucho tiempo conocieron ambas vertientes. Vertientes, vale insistir en el término: la obra de Martí es una unidad indestructible, en la que sólo cabe ver por separado una y otra zona con la finalidad de estudiarla en detalle; pero cuya comprensión cabal exige tener siempre en cuenta aquella unidad.

El primer reconocimiento de la faena martiana lo recibió su tarea literaria. Iba a cumplir Martí treinta y cuatro años cuando el viejo Sarmiento, entonces el más prestigioso escritor argentino y probablemente de toda Hispanoamérica, hizo en La Nación, *de Buenos Aires, un impresionante elogio de la escritura del cubano. Poco des-*

pués, en 1888, el joven nicaragüense Rubén Darío, quien emergía en la fecha como nueva cabeza de la lírica hispánica, inició sus propios elogios, que continuarían hasta las vísperas de su muerte, más de un cuarto de siglo después. Estrade añade otros nombres imprescindibles entre los que valoraron altamente aquella escritura, y aún podríamos aducir más: se trató con frecuencia de figuras de sumo relieve tanto en Hispanoamérica como en España. En cuanto a esto, dos hechos llaman la atención: uno, que el primer libro consagrado a la obra literaria del cubano (Martí escritor, *de Andrés Iduarte), se publicó en México en 1945, es decir, a los cincuenta años de su muerte; otro, que ese año, con raras excepciones, encabezadas por la de Juan Marinello, los grandes escritores que estudiaban o comentaban con seriedad la tarea literaria martiana no eran cubanos.*

En contraste con lo anterior, el pensamiento martiano (incluso su pensamiento político, que se creería el más visible), si encontró pronto seguidores apasionados en su pueblo, tardó en ser estudiado; y fueron casi sólo cubanos quienes durante años lo hicieron, en trabajos breves. Quizá el libro que en este orden equivalga al de Iduarte en cuanto a lo literario, sea el de Leonardo Griñán Peralta Martí, líder político *(La Habana, 1943), el cual, siendo un texto notable, no ha disfrutado de la nombradía de aquél, ni al parecer interesó mucho a Estrade. En cambio a éste, razonablemente, le entusiasmaron las escasas pero agudas y fulgurantes páginas que Julio Antonio Mella escribió en 1926 (y Rubén Martínez Villena publicó en su revista* América Libre, *La Habana, nº 1º, abril de 1927), con el título* «Glosas al pensamiento de José Martí». *En ellas nace la crítica marxista aplicada al pensamiento martiano; de ellas, confiesa el autor de este libro, parte él.*

En las últimas décadas, grandes escritores cubanos, encabezados ahora por Cintio Vitier y Fina García Marruz, se han sumado a sus pariguales de otras tierras que bracean con la escritura de Martí; y estudiosos de muchos países intentan conjuntamente con los cubanos desentrañar el complejo universo de su pensamiento. Este último caso es, por supuesto, el de Estrade; y el presente libro, su mayor contribución a ese intento.

En el libro, como lo explícita el subtítulo, Estrade se ha ceñido a las ideas económicas, sociales y sobre todo políticas, así como a la acción revolucionaria del héroe de Dos Ríos; y las ha estudiado reuniendo con fortuna el rigor y la minuciosidad que caracterizan a lo mejor de la Universidad francesa, con una calidez que desborda los límites académicos y da vivacidad a la exposición. Sin incurrir ni por asomo en el error de querer adscribir el pensamiento martiano al suyo propio. En lo que Estrade está bien acompañado, pues, contrariamente a lo que han afirmado ciertos superficiales, no hay sustentador serio de los criterios de Marx (en Cuba, en Francia o donde sea) que haya pretendido nunca que Martí fuera uno de esos sustentadores. Mirarlo con ojos marxistas (adjetivo que por otra parte no es unívoco), no significa en absoluto mirarlo marxista. Y tampoco antimarxista. Martí fue, sencillamente, no marxista. En 1883, a raíz de la muerte

de Marx, lo elogió por razones morales, y objetó la lucha de clases que éste propugnó, aunque ni la descubrió ni mucho menos la inventó. El cubano vivió en situaciones distintas a las del alemán. Las conductas y los pensamientos de ambos fueron fieles a sus respectivas situaciones, y por consiguiente no pudo haber identificación entre ellos. Si el europeo tenía ante sí, en primera instancia, las que consideraba tareas revolucionarias esenciales en los países capitalistas más desarrollados de mediados del siglo XIX, *con proletariados numerosos, las tareas revolucionarias primordiales que el antillano abordó eran las de un país colonizado de finales de ese siglo, y, en área más vasta, las de los países de su América, integrantes del mundo que después se daría en llamar subdesarrollado. Lo que de ninguna manera implica hoy negar que muchas de las lecciones martianas tengan validez también para el mundo subdesarrollado; ni afirmar que las de Marx se encuentren limitadas a aquél.*

Estrade no estudia aquellas ideas para detenerse en ellas, sino con la finalidad de mostrar cómo Martí se propuso, con su ejemplo y su pensamiento, fundar una auténtica democracia en la América Latina: expresión esta última que en el libro incluye al Caribe. El título de aquél proclama abiertamente tal finalidad. Y ese título despierta inevitables resonancias, incrementadas por ser Estrade un intelectual francés.

Se conoce ampliamente el impacto que tuvo el libro de Alexis de Tocqueville De la démocratie en Amérique *(publicado entre 1835 y 1840), título que debe traducirse* De la democracia en los Estados Unidos: *ya para la fecha, el nombre que durante siglos designara sobre todo a la América ibérica había comenzado a ser usufructuado casi con exclusividad por aquel país cuyo nombre no es como el de una cosa habitual, sino, a la manera del de un cuerpo químico, más bien una definición (no «agua», sino «H_2O»), lo que acaso hubiera satisfecho al Cratilo platónico. (Algo similar, más extremado aún, le ocurrió a la hoy disuelta Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas: al menos el país de Washington se llama «Estados Unidos de América».) Sin duda ello auspició el que sus habitantes pretendieran adjudicarse sólo para sí el nombre de todo un continente, que por otra parte tantos de ellos se aprestaban a engullir. Este proceder semántico-político no se ha extinguido, pues cuando en aquella nación se habla hoy de un «nuevo orden mundial», ese mundial es bastante estadounidense. Pero dejemos la polvareda y volvamos a Don Beltrán.*

Al nombrar a su obra José Martí o de los fundamentos de la democracia en América Latina, *Estrade establece un obligado contrapunto con la obra justamente famosa de su compatriota decimonónico. Se estaría pues tentando de creer que nos encontramos ante otro ejemplo de intertextualidad. Pero la lectura de ambos libros revela que estamos más bien ante lo que, con permiso de Julia Kristeva, podría llamarse intertextualidad. Aunque reconociendo que el título de una obra de estudio por lo general indica un propósito. Y es difícil no reconocer en Estrade el propósito de mostrar en Martí*

otra concepción de la democracia en América (esta vez, «nuestra América»), que en mucho difiere de la democracia con esclavitud (fenómeno existente ya en la Grecia clásica) admirada en los Estados Unidos por Tocqueville. Si bien las alusiones a este último no son frecuentes en la obra de Estrade, bastan para no dejar dudas sobre este punto. Sarmiento, no obstante deberle lo suyo a la visión que el liberal/conservador francés propagó de los Estados Unidos de su tiempo, no dejó de señalarle a aquél alguna de sus inconsecuencias. Y recientemente Tzvetan Todorov subrayó que Tocqueville es «uno de los primeros ideólogos franceses de la colonización», y que «predica la moral en sus obras filosóficas y doctas, y preconiza el exterminio de los indígenas en sus discursos políticos»[1]*. Más allá de obvias diferencias cronotópicas, cuando a continuación el búlgaro-francés, al comentar estos hechos, añade que «la ética no es la política»*[2]*, se ve de inmediato el foso que separa al Tocqueville con mentalidad de* Ancien Régime *del Martí que postuló y practicó echar su suerte «con los pobres de la tierra». Pues para éste la política sí es la ética; o al menos, una política divorciada de la ética carece de sentido para él. De ahí que la democracia que ambos exalten sea tan diversa. Una, es para los esclavistas; otra, arranca siendo para «los oprimidos», con quienes, como Martí dijera en su fundamental* Nuestra América *(1891), «había que hacer causa común»: arranca de ellos, con la aspiración de fundar, sobre esa base, lo que llamó, «la República moral en América», que sería «con todos y para el bien de todos».*

Las enormes crisis que padece el mundo actual tienen tanto que ver con el ejercicio de una política no ya distanciada de la ética, sino a menudo enemistada con ella, que es patente la validez de aquella creencia de Martí incluso más allá del ámbito histórico en que él se movió, y fue ya muy dilatado. Acertó Gabriela Mistral cuando dijo que «se hablará siempre de él [Martí] como de un caso moral, y su caso literario [al que hay que añadir sus otros casos] lo pondremos como una consecuencia»[3]*. Lo que en nada disminuye, sino todo lo contrario, el extraordinario valor del conjunto de su obra, pues ese valor encarna en realizaciones concretas, sean ellas políticas, sociales o literarias. En ellas encarna, pero no se agota. Esto contribuye a explicar que mientras tantos intelectuales de la Isla, coetáneos suyos, permanecieron sordos y ciegos ante aquella magna obra, que sencillamente no entendían, Martí encontrara fervoroso reconocimiento entre los pobres de su tierra, identificados con su prédica moral y ganados por su conducta, desde los obreros cubanos de la diáspora hasta los campesinos humildes que en la manigua lo reconocían como jefe de la revolución.*

---

[1] Tzvetan TODOROV: *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*, París, 1989, pp. 222 y 422.

[2] *Op. cit.*, p. 422.

[3] Gabriela MISTRAL: *La lengua de Martí* (1930), prólogo de Jorge Mañach, La Habana, 1934, p. 35.

Martí, veedor profundo de su época y de la historia, al realizar tareas específicas (todas lo son), aspiraba a metas válidas más allá de esa especificidad. No en balde escribió en sus Versos libres, *que conservó inéditos y fueron para él como un intenso diario íntimo: «Mi verso crecerá: bajo la yerba/ Yo también creceré». Y en el periódico* Patria, *el más cercano a su corazón, añadió cosas como: «Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar»; así como «Patria es humanidad». De ahí que, por grande que sea para los cubanos el orgullo de saber que Martí es uno de nosotros, y que vivió y murió para obtener en lo inmediato la plena libertad de nuestra patria, mayor aún es el orgullo de saber que pertenece a la humanidad toda, y que ésta requiere con urgencia, para salvarse, del conocimiento fiel de su vida y de su obra. Tal es el sentido de la magnífica exclamación del profesor Noël Salomon cuando desde la UNESCO, en París, exclamó: «Martí es nuestro».*

Paul Estrade tuvo la dicha de ser, en más de un aspecto, discípulo de Salomon. Y ha sabido enriquecer la herencia que recibiera del insigne hispanista bordelés. Conocedor profundo de la cultura de su país y de la de otros, criatura de insaciable curiosidad intelectual, valiente defensor de la asediada revolución de Cuba y de otras causas nobles, Estrade ha estudiado con cuidado de orfebre y cariño de hermano nuestras realidades, trátese del ámbito caribeño o de la colonia cubana en París durante la Guerra del 95. Y lo ha hecho siempre con la conciencia de que no se ocupaba de oscuros hechos locales. No es en la tierra de Santa Teresa, para quien el Señor también andaba entre los pucheros, y de Unamuno (el cual, por cierto, tanto comprendió y admiró a Martí, de cuyas páginas se dice que derivó su uso tan característico del vocablo «agonía»), donde haya que recordar que no hay en la Tierra lugar oscuro para quien sabe leer en las entrañas. «Patria es humanidad» no quiere decir sólo que nuestra patria es la humanidad: también, que la humanidad se revela en nuestra patria (o matria), sea éste cual fuere. Estrade es de los lectores de entrañas. Fruto mayor de sus estudios de asunto cubano o latinoamericano, pero de horizonte mundial, es este libro que, en su género, ocupa sitio cimero.

Como me cuento entre las numerosas personas que suelen aprender de Paul Estrade, para mí fue un honor poder publicar en el Centro de Estudios Martianos, entonces bajo mi dirección, un conjunto de ensayos suyos, el cual apareció en 1983 con el título José Martí, militante y estratega. *Y otro honor semejante, el que se me permitiera decir las palabras de agradecimiento conjunto cuando en 1995, que es del centenario de la caída en combate de Martí, la Universidad de La Habana le otorgara a Estrade, así como al profesor estadounidense Iván A. Schulman, la categoría de Profesor Invitado, mientras Cintio Vitier era hecho Doctor Honoris Causa, y quien escribe, Profesor Emérito. Fue emocionante esa manera de subrayar el carácter ecuménico de Martí, y los vínculos de sincera amistad que mantenemos quienes, no necesariamente con iguales perspectivas pero sí con seriedad y respeto mutuo, nos hemos dado a estudiar y divulgar*

su obra. No es honor menor el que me ha hecho Ediciones Doce Calles *al solicitarme escribir estas líneas para que acompañen la versión española de una obra que al entrar en nuestro idioma ha de prestar grandes servicios.*

Voy ahora a recordar el ambiente adverso en que apareció inicialmente el libro, y a considerar luego la actual coyuntura, distinta según creo de aquel momento.

Aunque estudiosos de orientaciones muy diversas leerán con sumo provecho esta obra, como es habitual leer con provecho obras serias al margen de que se coincida o no con todas las orientaciones de sus respectivos autores, Estrade hace ver desde el primer momento que no presume de una imposible imparcialidad al abordar su candente tema. Como Mariátegui dijera de sí, confiesa ser hombre con una filiación y una fe. Y, al igual que el fundador peruano, se declara seguidor de las ideas de Marx. Esa declaración, a finales de la pasada década, debió ser vista por muchos como una insensatez. Recuérdese que entonces reinaban los melancólicos «Bouvard y Pecuchet 'posmodernos'» de que ha hablado hace poco Max Dorra[4]*. Era pues del mejor tono decir que vivíamos en la posmodernidad. Si bien nunca llegó a saberse a ciencia cierta lo que ésta era*[5]*, para muchos suponía, entre criterios diversos (no pocos, tanatofílicos y desencantados), el de la supuesta defunción del marxismo. De las pintorescas declaraciones que entonces pulularon, me gusta pensar que se retendrá la del delicioso Woody Allen, cuando dijo que Dios había muerto, Marx había muerto, y él no se sentía muy bien. Pero no se asistió sólo a risueñas* boutades *como ésa. Se asistió sobre todo al despliegue de una variada gama de actitudes que iban desde la conciencia de cambios evidentes y auténticas preocupaciones, hasta lamentables palinodias y groseros oportunismos, a menudo con los cargos anhelados a la vista, previo el vergonzoso pago de las correspondientes alcabalas. Aunque hubiera matices distintos, era en lo fundamental otra acelerada vuelta de tuerca en el corrimiento hacia la derecha impulsado tras el aciago final de la década del 60. A ese corrimiento, desde luego, contribuyó en abundancia la estrepitosa caída no sólo del muro de Berlín (que nunca debió existir), sino de lo que quedaba del ya maltrecho experimento ruso audazmente nacido en 1917, y sus derivaciones europeas. Aquel experimento, brotado en medio de la conflagración monstruosa que en 1914 reveló hasta qué punto el devastador Occidente (nombre de paseo de la sociedad burguesa) estaba podrido y amenazaba con arrastrar en su caótica vorágine al mundo todo,*

[4] Max DORRA: «Le théorème de la mélancolie», *Le Monde Diplomatique*, junio de 1995, p. 32.

[5] Una exigente e imaginativa visión marxista del «posmodernismo» (que se sabe que no es lo mismo que la «posmodernidad», pero guarda estrechas relaciones con ella), la ofreció Fredric JAMESON en *Postmodernism or, the Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham, 1991. El sintagma «capitalismo tardío» proviene por supuesto del libro de Ernest MANDEL *Der Spätkapitalismus* (Frankfurt, 1972), del que existe edición en español, *El capitalismo tardío*, México, 1979. El trabajo que da título al libro de JAMESON, «El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío», apareció en español en *Casa de las Américas*, Nos. 155-156, marzo-junio de 1986. En dicha revista se publicaron después otros enfoques por lo general debidos a autores radicados en la América Latina, como Adolfo SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Nelly RICHARD y Ticio ESCOBAR.

quiso ofrecer una alternativa justiciera al capitalismo, y cancelar al fin la prehistoria de la humanidad. La alternativa, teratológicamente deformada hacía tiempo, no resultó viable. De modo irrespetuoso para la inteligencia, a tal caída, en la que hubo ciertamente derrotas, pero no se sabe que haya habido victorias, los tontos de la colina no la llamaron el afianzamiento de la prehistoria, sino nada menos que el fin de la historia. La ideastra, según explicó su expositor más cacaseno, Francis Fukuyama, implicaba entre otras cosas volver a (intentar) matar a Marx, y además negarle importancia a lo que ocurriese fuera de los centros hegemónicos de poder.

En esa atmósfera, poca repercusión positiva podía esperar este notable libro de Estrade. En él, éste no sólo seguía tomando en serio al alemán de las barbazas y a sus continuadores, sino además postulaba que un poeta intenso proyectó una democracia verdadera, otra que la de los Estados Unidos, y quiso hacerla realidad en una insignificante islita mulata y musical. Para terminar de agravar las cosas, Estrade siguió manifestando con terquedad su apoyo a un proceso revolucionario que tenía lugar precisamente en esa isla, y que además de ser harto imperfecto (lo que es cierto), reclamaba su filiación primera con el pensamiento de aquel poeta, y por añadidura también su filiación con el del alemán de marras: un proceso que se decía condenado a rápida asfixia, en el implacable dominó desencadenado tras la caída de 1989. A propósito de esto, no faltó algún que otro ser cuyo argumento crudamente innoble para dejar de apoyar a aquel proceso era que éste había perdido a sus aliados y le quedaba poco de existencia, por lo que había que desolidarizarse de él con rapidez, y de ser posible ante testigos influyentes.

Han pasado ocho años de la primera aparición de esta obra; seis, de la caída del muro de Berlín, al que tuve la tristeza de contemplar (como también tuve luego la tristeza de contemplar el muro que los Estados Unidos levantaron en Tijuana, con planchas de metal usadas durante la Guerra del Golfo, para tratar de impedir que trabajadores mexicanos crucen a territorios arrebatados a sus antepasados); cuatro, del desmembramiento de lo que fue la Unión Soviética. No da la impresión de que la historia haya concluido, ni de que sea irrelevante lo que suceda fuera de los centros hegemónicos. Por el contrario, como en 1993 afirmó Edward W. Said, «lejos de estar en el fin de la historia, estamos en posición de hacer algo sobre nuestro propio presente y la historia futura, vivamos dentro o fuera del mundo metropolitano»[6].

Sobre la cacareada nueva defunción de Marx, quien supuestamente se habría hecho una estorbosa antigualla con el triunfo planetario de una democracia heredera de la elogiada por Tocqueville[7]*, aquel año 1993 dijo alguien tan influyente como Jacques Derrida:*

---

[6] Edward W. SAID: *Culture and Imperialism*, Nueva York, 1993, p. 219.

[7] No pretendo simplificar la compleja obra de Tocqueville. Pero tampoco puede minimizarse el papel que tal obra ha desempeñado en el apuntalamiento de cierta concepción señorial de la democracia. Véase por ejemplo el uso que hace Allan BLOOM del que llama el «noble libro» de Tocqueville, en esa biblia del conservadurismo estadounidense que es *The Closing of the American*

«Hace falta gritarlo, en el momento que algunos osan neoevangelizar a nombre del ideal de una democracia liberal convertida al cabo en el ideal de la historia humana: jamás la violencia, la desigualdad, la exclusión, el hambre y por tanto la opresión económica han afectado a tantos seres humanos en la historia de la Tierra y de la humanidad. En vez de cantar el advenimiento del ideal de la democracia liberal y del mercado capitalista en la euforia del fin de la historia, en lugar de celebrar el 'fin de las ideologías', y el fin de los grandes discursos emancipadores, no hagamos caso omiso de esta evidencia macroscópica, hecha de innumerables sufrimientos individuales: ningún progreso permite ignorar que jamás, en términos absolutos, jamás tantos hombres, mujeres y niños han sido esclavizados, hambreados o exterminados en la Tierra. [...] Quiéranlo o no, sépanlo o no, todos los hombre en la Tierra entera son hoy en cierta medida herederos de Marx y del marxismo»[8].

Al año siguiente, añadió Adolfo Sánchez Vázquez:

«Corresponde a los marxistas que no se dejan embaucar por el engaño ni dominar por el desencanto, cumplir en esta situación dos tareas fundamentales. Una: explicarle y explicar cómo ha sido posible que un proyecto de emancipación tan generoso, se haya convertido –al realizarse– en su contrario: un nuevo sistema de dominación y explotación. (Yo he intentado cumplir esta tarea [...] en uno de mis últimos ensayos: 'Después del derrumbe')[9]. Ahora bien: sólo una explicación objetiva, que no tema mirar de frente a los hechos, puede llevarnos a la conclusión de que el proyecto socialista de emancipación no está destinado inevitablemente a convertirse en lo que ha sido el 'socialismo real'. Y, por tanto, a la conclusión de que la historia no está cerrada, y de que el socialismo sigue siendo necesario, deseable y posible, aunque no inevitable. La otra tarea es la de mantener viva la crítica del capitalismo en cuanto sistema injusto que no puede resolver las contradicciones estructurales que generan sus injusticias (paro, miseria, mercantilización crecientes, destrucción de la naturaleza y, sobre todo, [...] la transformación del hombre en medio, instrumento o mercancía)»[10].

En cuanto a la muerte tantas veces anunciada del proceso revolucionario abierto en Cuba en 1959, la conjetural crónica del suceso ha tenido que ser engavetada por los más diversos observadores (de posiciones muy distintas e incluso hostiles a aquel proceso), y ya sólo dicen esperarla los partidarios de la política jurásica. Sobre este punto, e insistiendo en la irradiación martiana, explicó en otro texto el propio Estrade al hablar de «algunos de los acontecimientos que nos sorprenden»:

Mind, Nueva York, 1987, esp. pp. 246-256. Significativamente, en la primera página del libro *The End of History and the Last Man* (Nueva York, 1992), su autor, Francis FUKUYAMA, llama a Bloom uno de los «maestros de los que he aprendido muchísimo a lo largo de los años, empezando con la filosofía política, pero sin limitarse a ella».

[8] Jacques DERRIDA: *Spectres de Marx*, París, 1993, pp. 141 y 149.

[9] Un resumen confiable de este texto («Después del derrumbe: estar o no a la izquierda») apareció en la revista canaria *Disenso*, nº 11, mayo de 1995.

[10] Adolfo SÁNCHEZ VÁZQUEZ: «La filosofía de la praxis y los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Balance personal», *Casa de las Américas*, nº 196, julio-septiembre de 1994, p. 116.

«Sobresale entre los primeros el llamado 'caso' de Cuba, cuyo sistema sería una aberración de la historia y cuya resistencia sería una anomalía de la especie. Es evidente que no habían leído a Martí los periodistas que, tras la implosión de los Estados socialistas europeos, se precipitaron a La Habana para asistir al derrumbe, ineludible e inminente según ellos, de la Isla rebelde. De haberlo leído, incluso superficialmente, hubieran notado que el cubano entregó a sus compatriotas una fuerza ética de que se valen en medio de las dificultades. Les rescató el sentimiento de la dignidad. Les infundió el culto a la justicia [...]. Les dio el consejo de unirse y de seguir unidos y solidarios. Les ofreció el ejemplo del desprendimiento y el sacrificio. Elementos que no se pueden medir, ni cifrar, ni comprar, pero que, para asombro del mundo, hasta la fecha pueden más que un bloqueo de treinta años, la carencia de combustible y la desesperación comprimida. Estudiar a Martí es estudiar a la Cuba presente»[11].

Voy a citar por último palabras cercanas del joven profesor de la Universidad de Murcia Francisco Jarauta, que testimonian, sin duda a partir de experiencias personales asumidas con honradez, el giro que está conociendo el pensamiento:

«La invasión estética de los 80 nos sedujo a todos, con su ilusión homologadora y su caricia narcisista. Pero sus restos, que se corresponden directamente con la estupidización progresiva que padecemos, se muestran, por fortuna, ya endebles para proseguir esta tarea de encandilamiento colectivo. Nos revelan que se hace ya imposible cualquier pensamiento que no pase por la ética. [...] El pensamiento debe rearmarse hacia lugares múltiples, e ir mucho más allá de la meta facticidad. Trazar las nuevas y complejas cartografías, reemplazando esteticismo y pragmatismo por tensiones de moralidad; etnocentrismo por multiculturalismo; individualismo unidimensional por subjetivismo complejo; autocomplacencia por distanciamiento crítico...[...]»[12].

Entiendo que, en atención a los graves problemas que aquejan a la humanidad (y Derrida sintetizó con dramatismo), en el campo intelectual, oponiéndose a los aires envejecidos y fétidos que sobreviven, soplan con renovado brío aires diferentes de los que predominaban cuando este importante libro asomó por vez primera. Y al aparecer ahora en la multipara España que tanto amó Martí, y tanto la amamos Estrade y yo, no sólo se beneficiará de esos nuevos aires, sino que debe contribuir a impulsarlos. Es lo que necesitamos y lo que espero.

La Habana, 15 de agosto de 1995.

Roberto Fernández Retamar

---

[11] Paul ESTRADE: «Martí y Europa, Europa y Martí», *Casa de las Américas*, nº 198, enero-marzo de 1995, pp. 19 y 20.

[12] Antonio PUENTE: «Somos póstumos en vida» (entrevista a Francisco JARAUTA), *Babelia. Revista de Cultura* (de) *El País*, Madrid, nº 180, sábado 1 de abril de 1995, p. 2.